

CONCURSO REGIONAL DE CUENTOS AMBIENTALES

AÑO 2005.

PRIMER LUGAR

Autor: **Maycholppher Orellana Vargas.**

Escuela “Lucila Godoy Alcayaga” de Michilla.

La Menta, La Ruda y El Cactus.

Había una vez, en Michilla caleta poblado de Mejillones, unas hermosas plantas llamadas menta, ruda y cactus. Ellas vivían en el jardín de un humilde hogar, se pasaban todo el día conversando sobre lo afortunadas que eran de tener una familia bondadosa que se preocupara tanto de ellas. Debido a esos cuidados, ellas se mantenían verdes, lustrosas y llenas de vida.

Además las plantas, reían y gozaban de alegría, viendo y escuchando a los niños del hogar, que jugaban en el día con sus juguetes recibidos en navidad. Los niños, además de jugar, cuidaban las plantas protegiéndolas del calor y del frío, además de no permitir a los animales (perros y gatos), que pisotearan el jardín.

Siempre el profesor en el colegio les hablaba de la importancia de las plantas para tener un mundo mejor y más sano, entre tantas otras cosas les dijo que podían hacer tierra a partir de los desechos orgánicos del hogar, llámese cáscara de frutas y verduras. Los niños con mayor razón y entusiasmo se pusieron a la tarea de hacer hoyos cercanos a las plantas para de esa forma ayudar más a sus plantas.

Es importante señalar que, en Michilla no hay vegetación, está en pleno desierto y además agregar que esta condición se ve agravada porque el agua es llevada en camiones para abastecer la población. Quizás en otros lugares de nuestro país el hablar de tres plantas será una cosa poco importante, pero acá donde el sol es

implacable y la falta de agua es una realidad, tener planta es una cosa muy importante y cuando tienes tres, mucho más.

Todo era un mundo feliz para nuestras plantas, puesto que con los cuidados de los pequeños había nacido pasto al lado de ellas. Lamentablemente las vacaciones, a veces significan traslado de residencia. Se dejaron de escuchar gritos de alegría y carreras alocadas. Pasó una semana, otra y otra.

Nos han abandonado, dijo la menta ¿Qué vamos a hacer solas? ¡Moriremos sin beber agua! Dijo la ruda. El cactus silenciosamente escuchaba sin dar opinión, parecía no importarle, ya que él es amigo de la sequía y se adapta para vivir en zonas áridas. Por ello sus hojas están convertidas en espinas, y tienen tallos carnosos donde almacena el agua que captan del rocío.

Y así en el más completo abandono pasaron dos meses. De repente sintieron gritos conocidos, familiares. Habían vuelto los niños y con ellos los cuidados, pero los niños sólo hablaban de lo bien que lo pasaron, del cansancio del viaje y luego de hablar mucho, se fueron a dormir. Al día siguiente la mamá y los niños se acordaron de sus sufridas plantas y llevando agua se acercaron. La pena les invadió cuando vieron que ya era demasiado tarde, habían esperado más de la cuenta, estaban amarillentas, muriendo por falta de agua. Y además por falta de cariño. Sólo el cactus se veía con vida, pero con pena al ver a sus amigas tan mal.

Entre los miembros de la familia se culpaban mutuamente. Los niños lloraron con mucha pena, pidiéndoles perdón a las plantas por haberlas abandonado. Pero, las lágrimas no fueron en vano, con los nuevos riegos las plantas nuevamente comenzaron a revivir de entre las hojas secas. La felicidad había vuelto al hogar, los niños prometieron no dejarlas solas, y si salían pedirían a sus vecinos que cuidaran de ellas. Y así terminó este cuento que intentó poner un tinte verde al desierto.